



El “mercado de la amistad”

Marisol Altares Gorris

Dejaos llevar por el tiempo y subid a este barco para navegar a través de la niebla del pasado donde fuimos felices y merecía la pena estar. El tiempo lo cambia todo, pero la esencia de un perfume, de un viaje..., al igual que en el vino macerado en una buena barrica de roble, continúa permaneciendo el olor, nunca se extingue. Ese hilo penetrante que llega hasta el centro de nuestro corazón o alma, la parte más sensible de nosotros mismos (los sentimientos, los sentidos, las imágenes...),

a través de un buen teleobjetivo. Esto se llama recuerdo.

Con este viaje os entrego parte de un pasado, de nuestro pasado, de nuestros miedos. Éramos demasiado jóvenes para todo y casi para todos. El reloj sólo marcaba juventud, brillábamos por el enredo de las palabras, de las miradas, de la espuma de cerveza de los domingos. Y por las tardes eternas de sábados en Colegios Mayores con recitales de protesta y gritando “amnistía: Quilapayún, Azahar, Pablo Milanés, Hilario Camacho... Y las sesiones continuas de películas subtitradas (de Arte y Ensayo, decían) en el cine

San Pol. ¡Qué tiempos! ¿Dónde está ese billete, esa entrada que algunos perdimos, esa frontera que te cierra el camino, ese abrazo de humo que ya no das, rostros que no ves, cuerpos que no están, equipajes que nunca vuelven?

Pero todo tiempo pasado tiene una historia, que si no viviéramos, no podríamos contar. Es nuestra propia historia, cuando nos conocimos con apenas pocos años de vida. Jugábamos en la calle a cacharritos, con ladrillos de pimentón rojo, hierbas de judías verdes, piedras de patatas, papeles de periódico como cartas de menú, hoteles y casitas de papel.

La infancia pasó y los encuentros siguieron su curso. El tiempo nos hizo adolescentes. Mi hermana y mi amiga siguieron estudiando juntas para forjarse una meta estudiando cruelmente en los “Bosques”, donde les enseñaron bien las ecuaciones, el sistema periódico, los esquemas de historia y las conjugaciones a base de tinta de sangre y lágrimas de sal. Yo era más joven, pero más tarde el destino terminaría por unirnos.

Mi hermana seguía estudiando en el Instituto del Barrio del Pilar, pero nosotras cada mañana abríamos el comercio de mi amiga, una pequeña papelería dentro de un gran mercado. Así empieza nuestra historia...

Cada mañana nos subíamos a “la camioneta” (así se llamaba), que era verde y blanca. Entrábamos por la puerta de atrás, tenía un cobrador que daba una vuelta a una manivela y salía tu billete de ida, cinco pesetas..., eso era lo que costaba llegar al “mercado de la juventud”.

No siempre se trata de historias de grandes mercados, los pequeños también existen. Este pequeño comercio estaba ubicado en el Barrio del Pilar, rodeado de galerías comerciales donde se conocían las historias y la vida de cada comerciante. Cada uno vendía de la mejor manera posible para hacer clientela, pero la historia de nuestro comercio era algo distinta. Era donde se compraban y vendían las palabras, los cuentos, las historias de amor, las caligrafías de Amiguitos, los alpino, los cariocas, los bolín... Hacíamos collares, pendientes y tantas cosas como podíamos. Para nosotras era un gran mercado,

distinto, pero no menos importante. Era especial.

Llegábamos casi siempre un poco más tarde de lo habitual, porque cuando iba a buscar a mi amiga siempre le faltaba beberse el gran vaso de Nescafé que le preparaba su madre mientras ella se cepillaba el pelo. Yo siempre la esperaba en el jardín o en la cocina.

Cuando llegábamos y abríamos la puerta de la tienda sonaban unas campanillas para avisar de que la gente entraba a comprar. Limpiábamos, nos preparábamos y ya estábamos listas para vender. A veces nos entreteníamos en hacernos jerséis de todo tipo, éramos las chicas de la tricotosa.

Era una habitación cuadrada rodeada de estanterías, y en el fondo un mostrador. Las estanterías estaban repletas de comestibles de letras e historias, que eran los libros, cada uno con su ficha y su número correspondiente. Detrás del mostrador había una puerta con unas cortinas que hacían de separación. En esa pequeña habitación había una mesa camilla rodeada de sillas de enea y una estufa Superser, desde la cual partían unas escaleras que subían al gran almacén. Allí había dos habitaciones, una pequeña cocina y un aseo.

En una de las habitaciones se guardaba el gran secreto de las palabras, donde se iban colocando una a una para formar frases completas: una pequeña imprenta donde se hacían invitaciones de boda, recordatorios de comunión y tarjetas de visita. El padre de mi amiga era un gran maestro del arte de colocar palabras.

En la otra habitación se amontonaban los cuadernos y las cartulinas. Esta habitación emanaba amor y juventud. Y en la cocina se formaron pequeños cocineros.

Era la tienda del mercado más importante del Barrio del Pilar, la tienda de la amistad, donde se unieron grandes amigos, grandes parejas. Allí bajaban todos los compañeros de mi hermana del Instituto y así comenzamos a conocer gente, gente que merecía la pena, personas que sacrificaban cada minuto que podían para estar juntos. Después de cerrar se prolongaban las tertulias,

historias de amor, historias de miedo, pequeñas cenas de encuentro, grandes croquetas con aceite rezumando, las cenas se iban cada vez perfeccionando, pero lo más importante era el tiempo. Parecía que las manillas del reloj no pasaban..., era tan bonito que mi corazón al recordarlo se estremece. Un paso hacia la puerta, las luces de neón se apagan y salimos. Las campanillas suenan y las bombillas volverán a lucir el próximo día.

Para mí es más importante que cualquier otro mercado, porque éste contiene los recuerdos de nuestras vidas, de nuestros corazones, de nuestro gran viaje de la juventud... Las palabras de nuestro tiempo, el país de los sueños que elaboramos con flores de papel y adjetivos posesivos. Todo tiene sentido alrededor de unas buenas faldas camilla, un buen vino y unos alimentos bien



Nota de la autora

Gracias a todos mis amigos porque sin ellos no podría haber escrito este pequeño relato que mezcla y refleja una parte minúscula de nuestras vidas. Si en algo os he herido, espero que me perdonéis. El “mercado de la amistad” me parece un gran mercado que debería existir y seguir practicándose.

Todas las piedras en las que tropezamos nos hacen unas grandes heridas en nuestras vidas y nos hacen ser más fuertes, pero a veces es preferible no tener heridas.

elaborados, sin eso no hay fundamento. El mercado de los productos va conjugado con los adjetivos y las palabras en general, es fruto de grandes encuentros de trabajo, de reuniones de amigos, de gente que se ama y a los que unen los buenos productos. Sin ellos no podríamos tener sentimientos, ni sensaciones..., los resultados no serían los mismos.

Es de noche, el frío penetra en mi cuerpo y el viento golpea las ventanas de mi habitación. Veo las entradas rotas del tiempo, no noto el pasado, no puedo inventarme la alegría, el presente me inunda y no puedo zarpar. Os dejo en tierra.

Si el futuro no es así, recordaré el pasado para siempre.

Ilustración: Pablo Moncloa



Nota del director

El “mercado de la amistad” en el que Marisol Altares Gorris sitúa su relato es un “mercado” real, en forma de lo que ahora llamamos centro comercial abierto, formado por una red de calles peatonales en la primera fase del Barrio del Pilar, en Madrid. Una zona comercial que tuvo su momento de mayor esplendor en los años 70 y primeros 80, con múltiples pequeños comercios de alimentación y todo tipo de productos y servicios. En la actualidad, este “mercado” sigue estando vivo, pero menos, con muchos locales cerrados. La papelería a la que hace referencia la autora sigue abierta, con casi 40 años de historia.